



+ Comada nasón

ULTIMA ENFERMEDAD Y SENTIDA MUERTE

DEL

Almo. Sr. Dr. D. Ramon Camacho,

DIGNISIMO OBISPO DE QUERÉTARO;

Y FUNERALES

CELEBRADOS EN SU SANTA IGLESIA CATEDRAL.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Telloz

QUERÉTARO.

TIPOGRAFIA DE GONZALEZ Y C^o.
Calle de Santa Clara núm. 2.

1885.



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA VALVERDE Y TELLOZ

Bx4705

.C3

U4

1981



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

HABLAR de los últimos momentos en que un hombre
ilustre se despide de la triste morada de este suelo,
describir luego los honores póstumos que el amor, la gra-
titud ó el deber le tributarán, empresa es por demás di-
fícil, si la simple narración de los hechos no vá salpicada
con algunos de los rasgos mas notables que á ese perso-
nage caracterizarán. Nos ha sido confiada la difícil, pe-
ro grata misión, de dar á conocer en su última enferme-
dad y sentida muerte, al Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Ramon
Camacho, penúltimo Apóstol de esta porción del rebaño
de Ntro. Sr. Jesucristo, y describir luego la expresión
sincera y cristiana del amor y veneración de su Illmo.
hermano y amantes hijos, en los suntuosos funerales cele-
brados en esta Santa Iglesia Catedral, en los días 29 y 30
del próximo pasado Julio. Ni hablaremos de la enferme-
dad y de la muerte en el frío idioma de la ciencia médica,
ni describiendo solo sus fenómenos á la luz del sentido
común del que los presenciara, ni considerando no mas los
avances del mal como los aldabonazos con que la pálida
muerte anuncia su cercanía y deja entrever su formidable
aspecto, ni mucho menos, ¡Dios nos libre! contemplaremos

004635

estas cosas á la fatídica luz del grosero materialismo, que dá por terminado al hombre que murió, y cuyos póstumos honores se convierten en pálidos recuerdos del que fué, y jamas volverá á ser. Todas estas maneras de considerar la enfermedad y muerte, nos suministran solo mezquinas ideas, tristes y menguados conceptos, porque, ó confunden la naturaleza del hombre, con la de una pobre flor que nace y á poco se marchita, ó al ménos con todos los otros seres con quienes nada tiene de comun, sino la vida vejetativa, sensitiva y animal, ó avanzándonos mucho, con los seres inteligentes que carecen de levantadas ideas, de fé divina y de altas aspiraciones de ultratumba. Consideraremos todo esto, en el sentido de la doctrina y filosofia del cristianismo, ó lo que es lo mismo, en el sentido del hombre considerado en sus augustas relaciones con la Divinidad.

El Illmo Sr. Camacho, habia gobernado esta Diócesis por espacio de quince años, ajustando estrictamente su conducta á las prescripciones del Apóstol S. Pablo en sus Epistolas á Timoteo y á Tito. No solo esta Santa Iglesia, sino una gran parte de la Provincia mexicana, experimentaba la benéfica influencia de las altas virtudes episcopales del Illmo. Sr. Camacho; muchos de sus hermanos en el episcopado y todos sus hijos, esperaban cada día mas y mas, del elevado espíritu, del colosal talento, de la basta instruccion y del apostólico celo de este tipo de Obispos; mas plugo á Dios, en sus inescrutables juicios, que el esposo querido de esta Santa Iglesia fuera á recibir el premio de sus afanes, pasando á mejor vida. La salud del Illmo. Sr. Camacho, quebrantada con motivo de sus fatigas apostólicas en las visitas pastorales, y de su rudo trabajo en esta Ciudad, venia poco á poco anun-

ciando algo funesto; ya debilitado á causa de esos achaques, fué atacado de una maligna disenteria el dia 19 de Julio de 1884. La noticia de la enfermedad de nuestro querido Padre nos llevó á visitarle, y tuvimos ocasion de advertir en el augusto enfermo un bellissimo humor, una hilaridad notable; parécenos que preveía su próxima muerte, y que se penetraba de los sentimientos del Rey Profeta cuando acercándose á su fin, decia: "Gran contento tuve cuando se me dijo: Iremos á la casa del Señor." Salmo 121 v. 1.

Poco afecto el Illmo. Sr. Camacho á ocurrir al auxilio de los facultativos, juzgó que bastarian para restablecer su salud las medicinas que le eran familiares en sus habituales achaques. Al siguiente dia creyóse mejorado, y obedeciendo al impulso irresistible de trabajar en beneficio de sus hijos, dejó la cama y entregóse á las ocupaciones de su alta mision. Mas el alivio era aparente; bien pronto sus fuerzas debilitadas, á causa de los rápidos avances del mal, lo postraron de nuevo. Doblegando entonces su propio sentir á las voces de su rectísima conciencia, aceptó la visita del hábil médico que le fué propuesto por la respetable superiora de las Carmelitas, que de tiempo atras estaba encargada del gobierno económico de la casa episcopal; este médico era el Sr. Dr. D. Manuel Septien. Este Sr., tan hábil quanto modesto, se encargó de la asistencia del respetable enfermo; mas considerando por una parte cuán importante era la conservacion de aquella preciosa vida, y por otra, cuánto podia preocuparse en la asistencia de una persona á quien amaba con verdadero afecto de hijo y á quien profesaba un respeto profundo, quiso asociarse en sus trabajos médicos con el no menos hábil y distinguido Dr. D. José M. Siurob.

Apenas estos Sres. reconocieron al venerable enfermo, juzgaron que el mal era gravísimo, y comenzaron á indicar á los asistentes la necesidad de que el Illmo. Sr. Camacho se preparase para morir. ¿Disponerse para morir aquel hombre, que desde su juventud habia llevado siempre encendida la lámpara para esperar á todas horas la visita del Esposo? ¿Prepararse para la muerte aquel Apóstol, que, principalmente durante su Pontificado, habia sido el vigilante centinela de la casa de Israel; cuyo pensamiento dominante y continuo fué siempre el bien de la Santa Iglesia, y cuyos trabajos, jamas interrumpidos, nunca tuvieron otro objeto? ¿Cuyo espíritu de apostólica pobreza y de santo retiro lo asemejaron á los fervorosos cenobitas? ¿Cuya tierna caridad con los pobres y afligidos le hizo fiel imitador del Ilustre Arzobispo de Valencia Tomas de Villanueva? ¿cuyo celo inflexible y vigoroso en sostener los derechos de la Santa Iglesia y cuidar de sus bienes, nos le presentó impertérrito y sereno, para soportar las penalidades y serios peligros cuando fué por aquellas causas víctima de violentas y rudas persecuciones, asemejándose en esto al grande Tomas, Arzobispo de Cantorbery? ¿Cuyos escritos, robustecidos con abundante ciencia, viva fé y cristiano espíritu lo hicieron tambien semejante al inmortal S. Atanasio? ¿Disponerse para morir este hombre, dócil siempre á la Divina voluntad? Sí, necesrio era que el Venerable enfermo recibiera los últimos sacramentos, ya para edificar á sus hijos hasta sus postreros instantes, ya para renovar en su alma la gracia de Dios y robustecer mas y mas su espíritu para emprender ese terrible salto del tiempo á la eternidad.

Preciso era, que obsequiando las instancias de los facultativos, alguien desempeñara la penosa pero cristiana mi-

sion de decir al Venerable enfermo: “Dispon de las cosas de tu casa; porque vas á morir, y estás al fin de tu vida. Isaias c. 38 v. 1. Tocaba esto á los Sres Canónigos Rosas y Guisasaola, encargados á la sazón por el Venerable Cabildo para asistir á su tan amado Padre. Estos Sres. penetraron conmovidos en la humilde recámara del paciente, y con la voz ahogada en la garganta le anunciaron que era tiempo de recibir las últimas caricias de la tierna madre Iglesia, y de arreglar los negocios que hubiese pendientes. El moribundo Prelado, no tenia conciencia de su gravedad, y juzgando acaso que tal anuncio era ocasionado mas por el filial amor que estos Señores le profesaban, que por el funesto diagnóstico de los médicos, no se manifestaba dispuesto al arreglo indicado, con la violencia que el caso requería; pero bastó que los mismos Señores insistieran suavemente, para que S. S. Illma. con la docilidad de un niño y con la tranquilidad de un justo, se prestase desde luego á obsequiar tan buenos y cristianos deseos.

Pidió que se le llamara á su confesor, el humilde religioso F. José Bermudez, Guardian del Convento del Pueblito y cura de la Parroquia del mismo nombre. El R. P. Bermudez no se hizo esperar; se presentó en la tarde del mismo dia y administró al Illmo. Sr. el Sacramento de la penitencia. Acto continuo, haciendo un esfuerzo supremo, el paciente procedió al arreglo de los negocios pendientes, y descansando en la aptitud y probidad del Sr. Canónigo Penitenciario D. Patricio de la Fuente, le hizo especial encargo de los intereses de la querida esposa de quien ya se despedía.

El Sr. Lic. D. Mateo Borja y Torres, oficial 1º de la Secretaría Episcopal, habia dado oportuno aviso de la

gravedad del Illmo. Sr. Camacho, á los Illmos. Señores Arzobispos de México y Michoacan y Obispo de Leon, así como al entonces Sr. Canónigo D. Rafael S. Camacho hermano del paciente, y hoy su Dignísimo Sucesor. Con motivo de este aviso, los Illmos. Señores Arciga y Baron se pusieron en camino, y llegaron á esta Ciudad el 29 de Julio á las 11 de la mañana, encaminándose desde luego á la casa episcopal. El Illmo. Sr. Labastida habria tambien venido, si hubiese recibido el aviso oportunamente. ¿Qué pasaria en el alma del enfermo, al ver junto á su lecho á sus amados hermanos en el Episcopado; á aquel Pontífice, el Illmo. Sr. Arciga, de cuyas manos habia recibido la Santa Uncion, y á aquel otro, el Illmo. Sr. Baron, con quien lo ligaban los lazos de una santa y estrecha amistad? Desde luego se procedió á administrar al paciente el Sagrado Viático y Extrema Uncion, ceremonias augustas que tuvieron lugar á las cinco de la tarde de aquel mismo dia. ¡Espectáculo tierno, conmovedor, grandioso! Cuando el Illmo. Metropolitano tenia en sus manos al Dios de la Majestad, el Illmo. Sr. Baron, con voz tierna y conmovida recibia la protesta de fé, prevenida por los Sagrados Cánones, á aquel que habia sido robusto atleta en la defensa de esa misma fé, y que, atento al esplicito y significativo formulario, contestaba con sonora voz, ¡Credo!! En aquellos solemnes momentos, el moribundo Pontífice, se ha de haber penetrado de los sentimientos de que estaba llena la grandiosa alma de su antecesor en el Apostolado, del heroico Pablo, cuando sintiéndose próximo á su fin decia: "Bonum certamen certavi etc. Hé peleado en buena batalla, hé acabado mi carrera, hé guardado la fé. 2^a á Timoteo c. 4^o v. 7^o. Terminadas las santas ceremonias, el Illmo. Sr. Camacho quedó reco-

gido, y entregado á los afectos y reflexiones que seguramente inspiraban á su alma noble y cristiana, las cosas que estaban pasando. La noche fué cruel y penosa en el sentido de las molestias del mal; pero serena, tranquila y dulce en el sentido de la Santa resignacion, de la inalterable paciencia con que aquella alma, nutrida siempre con la virtud, podia decir con David. "Anima mea in manibus meis semper; Et legem tuam non sum oblitus." "Mi alma anda siempre entre mis manos: y no me he olvidado de tu Ley." *Salmo 118. v. 109.* A las 11 y media del siguiente dia, 30 de Julio, penetraba en la humilde recámara del paciente su querido hermano segun la carne, el entonces Sr. Canónigo Dr. D. Rafael S. Camacho. Los respectivos deberes sacerdotales habian separado á estos amantes hermanos muchos años antes, y vivian unidos, solo con los vínculos del amor fraternal y los sentimientos de una misma educacion cristiana y civil, que habian recibido fructuosamente de su virtuoso y edificante tío el Sr. Canónigo Dr. D. Juan N. Camacho. Dios quiso concederles que se diesen el último abrazo y se dirigieran las últimas edificantes expresiones de su cariño, pocas horas antes de que el enfermo Prelado dejara este mundo. Y, ¿es posible describir lo que pasaria cuando el Prelado moribundo estrechaba por última vez en sus brazos, ya casi exánime, á su amado hermano? Aunque el Illmo. Sr. Camacho habia ya casi perdido el uso de la palabra, su inteligencia se conservaba en perfecta lucidez, y esto le permitia en aquellos momentos entregarse vivamente á los tiernos recuerdos de la infancia y de la juventud, de las caricias de sus amados Padres, de los episodios gratos del colegio, así como á la seria consideracion de lo que pasaba actualmente. Avan-

zando á la par que los momentos la gravedad del mal, esperábamos á cada paso los próximos síntomas de la agonia; aparecieron por fin; la cama del moribundo estaba rodeada de sus amantes hijos que pensaban adivinar en cada una de sus miradas, en cada uno de sus movimientos, un nuevo consejo, una nueva enseñanza de virtud, una nueva bendicion y un postrer ¡Adios!

Unos, con el ritual en la mano, elevaban al cielo por su amado Padre las preces que la tierna madre Iglesia dirige á Dios en favor de sus hijos moribundos; otros, levantando trémulas sus manos, pronunciaban las misteriosas palabras con que se abre el cielo á los hijos de la Iglesia "Ego te absolvo;" otros, en recogida oracion, dirigian á Dios sus fervientes plegarias; alguno, el Sr. Cura Lic. D. Nicolas Campa, obedeciendo al impulso de su corazon, siempre tierno y sensible, y al singular amor que siempre habia profesado á su querido Padre, espresaba el sentimiento de su alma derramando abundantes lágrimas sobre el lecho del moribundo Prelado, y al verlo espirar, dijo: Beati mortui etc. Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Entonces el Sr. Canónigo Camacho, digno émulo de las virtudes de su respetabilísimo hermano, y principalmente de aquella fortaleza que lo hacia tan notable, desprendiéndose generosamente de todo afecto sensible, y penetrándose solo de los altos sentimientos de la fé, edificaba á los circunstantes. Tomó en sus manos la Santa Imagen de Nuestro Sr. Jesucristo, se colocó de rodillas á la cabecera del moribundo, y con voz conmovida, pero enérgica y firme, le dirigia fervorosas exhortaciones análogas á las circunstancias del momento; comenzó luego á recitar el sentido y admirable salmo "Miserere" durante el cual, el Illmo. Sr. Camacho, exhaló el último

suspiro, dió á la tierra su último adios, y su alma voló á ocupar, así lo esperamos de la bondad Divina, el lugar que le estaba destinado en la gloria, entre los bienaventurados Obispos; eran unos minutos antes de las cinco de la tarde, del dia 30 de Julio de 1884.

Entretanto la casa episcopal estaba como invadida por una multitud de personas de todas las clases de la sociedad, que revelando en sus semblantes la angustia, la inquietud y la pena, esperaban el fatal momento; la ciudad toda, esperaba tambien conmovida la funesta nueva que anunciarian las campanas de los Templos. Llegó aquel temido momento, y el toque de vacante, y luego el sentidísimo clamoreo de las campanas, anunciaron al vecindario que la santa Iglesia de Querétaro quedaba viuda y entregada á su dolor y desolacion. Tuvimos ocasion de notar con triste gozo, con dulce pena, las demostraciones de algunos de tantos indigentes y atribulados á quienes la Santa liberalidad y caridad tierna del Sr. Camacho consolaba y socorria. De los labios de algunos de estos se desprendian estas palabras salidas del corazon: "Ya murió mi Padre, mi protector. ¿Quién me socorrerá?" Notamos tambien cómo el vecindario todo, sin excepcion de colores políticos, de clases elevadas, estaba poseido de un mismo sentimiento, de espíritu idéntico, de la misma pena: en todos los círculos se oian repetir estas ó semejantes frases: "há muerto un santo" "hemos perdido á un hombre grande" "el mundo perdió un sabio notable;" era el mentor del Episcopado" "¿qué caritativo era" etc. Poco despues, se pronunciaba mas este unánime sentimiento de veneracion y de amor, en la casa mortuoria. Revestido el cadáver con los ornamentos Pontificales fué colocado en el oratorio de la casa episcopal; se permitió